

El patio

Jorge Edwards

El patio

EL QUIRÓFANO
EDICIONES

The logo for NANA VIZCACHA EDITORIAL features a stylized 'N' composed of geometric shapes. To the right of the 'N', the word 'NANA' is written in a bold, sans-serif font, with 'VIZCACHA' in a smaller font below it, and 'EDITORIAL' in a very small font at the bottom.

NANA
VIZCACHA
EDITORIAL

Publicado en coedición por
NANA VIZCACHA y EL QUIRÓFANO EDICIONES
España - Ecuador

Diseño gráfico:
Gabriel Brenlla

Maquetación y cubiertas:
Estudio Compás de Tinta

Editores:
Lucía Brenlla y Augusto Rodríguez

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra (www.conlicencia.com).

© Jorge Edwards, 1952
© primera edición, Chile, 1952
© de esta edición en castellano para todo el mundo:
NANA VIZCACHA y EL QUIRÓFANO EDICIONES, 2019

Depósito legal: M-34418-2019
ISBN: 978-84-948672-4-8
Impreso en España
Estugraf impresores SL

El patio

EL REGALO

La tía Florencia se detuvo y apoyó las dos manos en su bastón.

—Veo que eres un niño muy independiente —dijo—. Yo, a tu edad, no soñaba con andar paseando sola por las calles.

Él se detuvo, también, y la miró, con una helada sonrisa en los labios. Su inexplicable felicidad se desvaneció en un instante.

—Es verdad que tú eres un hombre —continuó la tía—, pero considero a tu madre una mujer muy descuidada —balanceó su cabeza maciza, de duros huesos, en actitud enfática—, muy descuidada. Tendré que decírselo esta vez.

Comenzó a caminar. El sol azotaba su piel seca, cetrina.

—Sabes... Ven conmigo. Es posible que te regale una cosa.

Mudo, iracundo, pateando con furia los guijarros dispersos sobre la vereda, él caminó a su lado. Su sombra era larga y delgada y la sombra de la tía Florencia era mucho más larga,

dos veces más larga, pero menos delgada. El sol, a su espalda, rodeaba un edificio de violentos resplandores. Las nubes estaban rojas y el sol se ocultaría luego, sumiendo a la calle en esa calma, en ese silencio quebradizo, que precede al comienzo de la oscuridad.

—Hace tiempo que te tengo un regalo —dijo la tía Florencia—. Como tú eres un ingrato y no vienes nunca a verme, no te lo he podido entregar.

Su ansiedad dolorosa y contrariada fue desapareciendo. Brillantes y tentadoras imágenes del regalo desfilaron por el interior de su mente.

—¿Qué regalo, tía? —preguntó.

—¡Ah! —exclamó ella—. La curiosidad es el peor de los pecados. Ten paciencia y verás.

La curiosidad, el peor de los pecados, lo recorrió entero, lo llenó de una insoportable y enérgica alegría.

La señora Florencia dejó de caminar, paseó la vista muy despacio por la calle y por el parque, cuyos árboles altos se mecían apenas, como cañas que se cimbraran, y trepó en seguida, suspirando, las gradas de mármol que separaban la puerta de rejas de su casa de la puerta de entrada.

—Qué raro —dijo él—: en la calle hace calor y aquí hace frío.

—Mi casa es un ventisquero —dijo la tía Florencia—; a mí me tienen los huesos congelados.

La cerradura crujió, desencadenando toda una sucesión de imperceptibles rumores. Crujió la cerradura y crujió adolori-

da, lamentablemente, la puerta, hiriendo los nervios cansados por un día entero de trajines, hiriendo el interior poblado de oscuridad, de cortinas añosas, de mecedoras viejas, de viejos jarrones que caerían pulverizados bajo el peso más leve.

—¿Qué te parecen mis dalias? —preguntó la tía Florencia. Estaban colocadas encima de una vieja victrola, llena de curiosos adornos. Una de tallo demasiado largo, como un hombre que se hubiera dormido de pie, contra un muro, estrechaba sus pétalos contra la pared. Las otras respiraban cansadamente el aire mustio y señorial, atravesado de olores.

—Muy bien —dijo él, mirándolas con indiferencia—. Son muy bonitas.

—Dígame, tía —preguntó—, ¿por qué no tocan nunca esa victrola?

Cubierta por un mantel rojizo, evocaba lejanos tiempos, una música diferente, los valeses que hicieron soñar a las apergaminadas señoras, el tío Fernando con sus largos bigotes, sus polainas grises, sus historias, sus tórtolas en escabeche los domingos, sus pavos para San Fernando.

—¡Uf! —exclamó la tía—. Si esa victrola es un vejestorio peor que yo. No se toca desde la muerte de tu tío.

—Por lo demás —añadió—, yo no soporto la música. A los organilleros les pago para que se vayan.

Con la mano libre forcejeó y abrió la puerta del ascensor:

—Entra, hijito; vamos a mi pieza. El regalo te lo tengo allá.

El salón, poco a poco, se alejó, se hizo más pequeño... más pequeño... vino la oscuridad... una puerta cerrada... la rápi-

da visión de una galería... la oscuridad... una segunda puerta cerrada. La plataforma negra, remecida, vibró por un instante. El ascensor estaba detenido.

—Hay un desorden de los mil demonios —dijo la tía Florencia. Apoyó su bastón fuera del ascensor, en los cuadrados relucientes del parquet—. Han venido los hombres a limpiar y no terminan nunca.

—Yo soy amigo del hombre que limpia en mi casa —dijo él—. A veces me deja limpiar.

—¿Y tu mamá te lo permite? —La tía Florencia echó su cabeza un poco atrás y lo miró fijamente, haciendo una mueca de disgusto y de escándalo.

—Claro que me lo permite —dijo él.

—Sencillamente, yo no la comprendo —murmuró la tía—. Seré una retrógrada, seré lo que quieran, pero... —Movi6 su cabeza con abstraída lentitud.

Un hombre estaba en cuclillas, limpiando las paredes con un trapo que mojaba en un balde.

—¿Cómo va la cosa? —preguntó la tía Florencia, levantando bruscamente la voz.

—Muy bien, señora —contestó el hombre. Se volvió a medias mientras con ambas manos estrujaba el trapo.

—¡Ya lo creo! —exclamó la tía Florencia—. Se han demorado más de dos semanas y no han hecho ni la mitad del trabajo.

—Pasado mañana terminamos, señora. —El hombre sonrió, levemente cínico, con la comisura de los labios.